



MERCADO DE REINOSA (CANTABRIA)

LA JATUCA

■ DULCE CHACON

(A Francisca Bragado, La Quica, la primera persona de la que me hablaron en Reinoso cuando quise visitar el Mercado.)

Nadie sabía en la plaza de abasto de quién era ese baúl. Pero todos sospechaban que pertenecía a Carmela. Y allí se lo tenían guardado, en la trampilla de Carmina la carnicera, que era la más resguardada de humedades. Hasta que volviera Carmela.

- ¿Ha habido noticias?
- Ninguna.

Y a medida que los días pasaban, la pregunta y la respuesta más frecuente en el mercado de Reinoso iba tomando un acento de tristeza que ninguno se molestaba en disimular.

- ¿Cuánto tiempo hace ya?
- Veinte días.
- Dirás diecinueve.
- No, veinte son contando hoy.

También los clientes preguntaban por Carmela y cada vez que se pronunciaba su nombre, las palabras se cargaban de más tristeza, más angustia y más preocupación.

A Gabriel nadie le preguntaba, entró en una mudez absoluta desde que ella se marchó, y la gente sentía pena por él. La última vez que la vieron estaba muy nerviosa, Quica le tuvo que llamar la atención varias veces porque no paraba en el puesto.

- ¿Pero qué te pasa hoy, Jatuca? -le gritaba-. ¡Qué poco halladera estás! ¡Despacha unos tomates a la señora Eugenia, que tiene prisa!

A Carmela le encantaba vender los tomates. Cuando llegaba por la mañana temprano, les sacaba brillo y hacía con ellos una pirámide perfecta, los más verdes abajo y los maduros arriba, de forma que el vértice quedaba de un color rojo y brillante que iba perdiendo intensidad mientras crecía hacia la base. Tenía mucha paciencia, y si la degradación no quedaba a su gusto deshacía su pirámide y la volvía a construir hasta conseguir un mejor difuminado.

Quica no se atrevía a despachar los tomates, por no estropear ni por un momento la obra de su Jatuca, como ella la apodó con cariño, pues Carmela la reconstruía siempre con gran destreza después de cada venta. De manera que ese día, los gritos que daba la Quica con los brazos en jarra no dejaban de oírse en la plaza, y quizás en toda Reinosa.

– ¡Jatuca, ¿pero no ves la cola que tienes en el puesto?!

Y ella iba y venía corriendo desde la entrada del fondo hasta el puesto de la Quica, deteniéndose un momento a mirar en el patio, donde después apareció el baúl.

El hombre que llegó a la plaza a la una y media de la tarde inquietó a todos aquellos a quienes preguntó por Carmela. Era corpulento y grande, un gigante dijeron algunos que era, con una voz que retumbaba en los oídos como una amenaza. Llegó al puesto cuando la Jatuca estaba despachando a la señora Eugenia. Carmela le vio acercarse y se quedó blanca, dejó caer los tomates que tenía en las manos y retrocedió hasta chocar con la Quica.

– ¡Ven! – dijo el hombre.

Y ella contestó que no con la cabeza.

Entonces el gigante apartó a la señora Eugenia con el brazo, alargó las manos hacia Carmela, y la sacó del puesto en volandas por encima de la pirámide. Ella no se resistió, dejó que la pusiera en el suelo y se la llevara de la mano. Dicen que no miraba a nadie, que tenía los ojos llenos de llanto y la mirada fija en el patio, donde luego apareció el baúl. Salieron en silencio por la puerta del fondo, y ella no dejó de mirar hacia el patio. Los dos caminaron deprisa con la seguridad del que sabe hacia donde va.

Atrás quedaron la Quica y la señora Eugenia, inmóviles, incapaces de reaccionar, delante de los tomates que los pies de Carmela habían estrellado contra el suelo al pasar por encima de la pirámide. Los más rojos, los del vértice, dejaron una mancha como de sangre.

La herida que el mercado acababa de sufrir se abría, había empezado a sangrar, y nadie se había dado cuenta.

Se fue por su voluntad, caminando, de la mano de un hombre que ella conocía. Es mayor de edad. Eso dijeron las autoridades cuando fueron a denunciarlo. Nadie pudo hacer nada, sólo guardar su baúl, por si volvía.

El mismo día que se marchó Carmela, Angel Pozas, el quesero, encontró el baúl; alertado por su mujer, Inés, que había visto a Carmela entrar y salir del patio con demasiada frecuencia. Entonces no le dio importancia, pensó que debía de estar mala y entraba a los servicios, pero cuando Carmela se marchó, cayó en la cuenta de que tardaba muy poco en salir y le dijo a su marido que



algo raro pasaba en el patio, que mirara a ver si alguien estaba escondido. Y el quesero encontró el baúl. Entre todos decidieron no abrirlo, ni decir nada a la policía del hallazgo, supusieron que era de Carmela, y mientras estuviera allí, con ellos, les daría la seguridad de que la Jatuca volvería. Así se hicieron cómplices de un secreto que ni siquiera conocían.

Desde que se marchó Carmela, nada es igual en el mercado. La plaza perdió su bullicio recordando la alegría de la chiquilla que vendía tomates.

– ¡Baratos, para como son! –decía–. ¡Los mejores le doy!

¿Ve cómo brillan? Como los pendientes de mi madre, que eran de rubíes.

Y se reía a carcajadas y corría entre los puestos cantando ofreciendo rubíes.

– Rubíes vendo. Rubíes vendo. ¿Quién compra? Rubíes frescos son...

Nadie sabe de dónde vino Carmela, pero su acento la delataba. Se presentó un día de primavera en el mercado buscando trabajo. Con su gracejo conquistó a la Quica, que no sólo le dio trabajo sino que la alojó en su casa y la trató como a una hija desde el principio.

La quería tanto que algunos en el pueblo decían que Carmela era realmente hija suya, de su primer marido, el que desapareció en guerra, que la habían criado fuera y que a la vejez su madre la mandó llamar. Y ellas, cuando le iban con esos cuentos, se reían. La Quica le enseñó a llevar los fardos en la cabeza, con la habilidad con que ella lo hacía, y le prestaba en fiestas sus pendientes de monedas de oro.

Carmela no hablaba nunca de su pasado. Y si alguien le preguntaba le respondía con las canciones montañesas que había aprendido de la Quica.

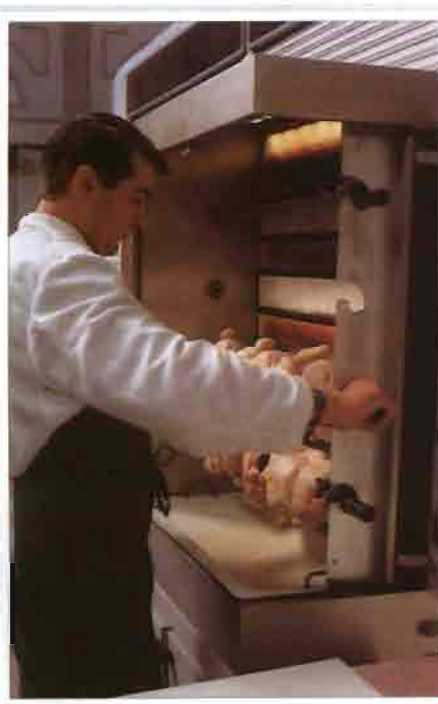
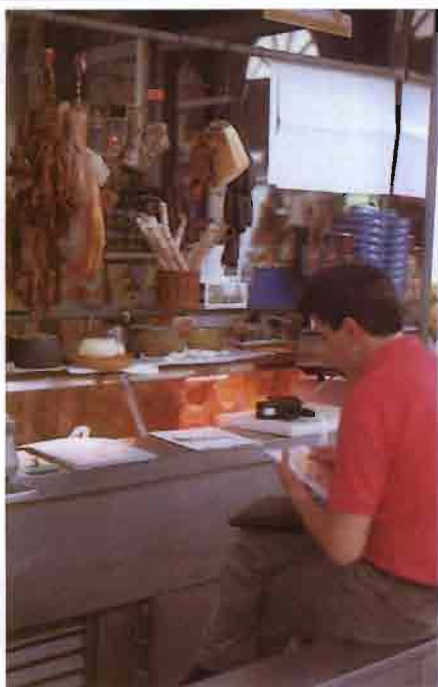
*¡Yo he nacido en la montaña
y morir en ella quiero
por ser el aire más puro
y estar más cerca del cielo!*

Si le insistían, seguían cantando hasta que dejaban de preguntar.

*¡En el campo yo nací
y allí nació la verbena,
allí nació el perejil
y toda la hierbabuena!*

Gabriel vigilaba la puerta del mercado durante todo el día, con la esperanza de ver entrar a Carmela. Aparecería por la puerta del fondo, por la que se marchó, llegaría cantando como siempre, con el fardo de tomates en la cabeza, y presumiendo de su equilibrio se inclinaría hacia él para besarle en los labios.

Después, por la noche, Gabriel no paraba de llorar, le dolían los besos que le dio, y más aún los que no le había dado, los que no le daría jamás. La realidad llegaba cargada de fantasías, no la volvería a ver, como vino se fue, sin saber de dónde ni hacia dónde. Y ese no saber le hacía imaginar los peores motivos para su desaparición, los más oscuros finales, terribles tormentos en el cuerpo de la Jatuca, aquél que había acariciado en las últimas Marzas, cuando se atrevió por primera vez a cogerle la mano, y luego la retiró con timidez, como el cazador furtivo que esconde su arma después del disparo. Carmela le había dado permiso para que la rondara y él preparó el mejor farolillo de toda la ronda; bajo su ventana cantó “Marzo florido, seas bienvenido, con el mucho pan y el mucho vino” y ella le regaló



queso y pan. Después de la cena con todos los muchachos, se tumbaron en una manta para mirar las estrellas. Era el último día de febrero, y el primer día de caricias para los dos.

Anduvieron las caricias y besos hasta noviembre, y en la Berrea se fueron al monte de noche para ver aparearse a los corzos. Carmela nunca lo había visto, y él conocía el mejor lugar. Escondidos detrás de unas matas asistieron a la pelea de los machos, a sus feroces ataques a muerte. Carmela se asustó del ruido de las astas al chocar y se apretó contra Gabriel temblando. Después ya no escuchó nada más, él le dio toda su ternura y ella le respondió con la suya, hasta el amanecer. Ninguno de los dos vio la cópula de los animales.

– ¿Ha habido noticias?

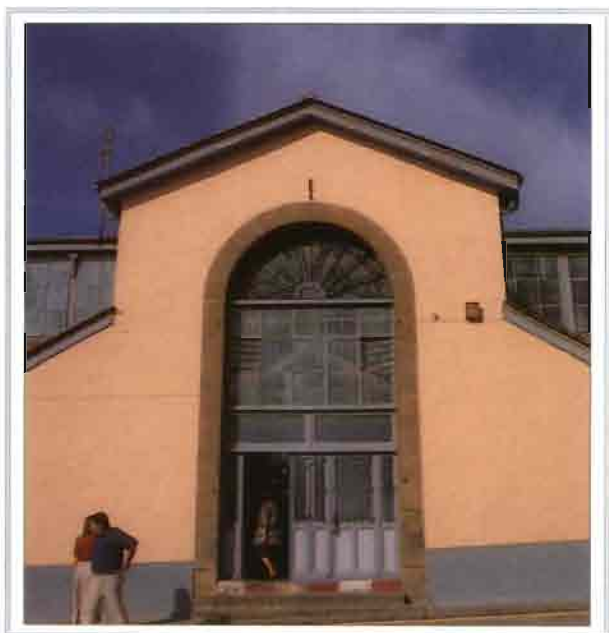
– Ninguna.

Ya habían pasado 37 días, y en el puesto de la Quica no había tomates. La última pirámide que la Jatuca construyó se fue pudriendo poco a poco porque la Quica no quiso venderlos. Era su manera de esperar a Carmela, de no perder la esperanza de su vuelta. La pirámide cambió de color lentamente, el rojo ganaba en intensidad, bajando hacia la base, hasta que toda la pirámide tomó el mismo color y comenzó a pudrirse por el vértice. La Quica no quería tocarlos, pero los tomates se abrieron dejando correr su jugo rojo, apareció el moho con sus pinceladas verdes y empezó a oler mal, así es que no tuvo más remedio que tirarlos, pero no compró más. Los tomates acabaron desangrados en la basura, pero el mercado de Reinosa seguía sangrando. □

DULCE CHACON. Escritora

NOTA: Jatuca se le llama cariñosamente en Reinosa a las terneras pequeñas.

MERCADOS/LITERATURAS



MERCADO DE REINOSA

El Mercado de Reinosa se construyó en 1882. Hace ocho años, ante el estado de deterioro e insalubridad que presentaba, se reformó según proyecto y dirección del arquitecto –y humorista– José M^º Peridis .

Las obras de la reforma se acometieron en dos fases, de manera que los comerciantes no tuvieran que abandonar la venta, sino que se trasladarán a una parte del mercado mientras la otra mitad se reformaba.

Antes de la reforma el mercado tenía dos patios centrales, donde se encontraban los servicios públicos, muy rudimentarios.

Sin embargo, y poco antes de la reforma, el mercado fue perdiendo paulatinamente su actividad, que no ha llegado a recuperarse después.

En la actualidad hay sesenta puestos y están en activo sólo cinco. Llegó a haber siete carnicerías, de las que quedan dos.